123

LAS NACIONES
CONTRA
JESUCRISTO

BR123
L4
c.1

44927

008268

1080020816

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

LAS NACIONES

ENFURECIDAS CONTRA JESUCRISTO Y SU IGLESIA.

LAS NACIONES ENFURECIDAS

CONTRA

JESUCRISTO Y SU IGLESIA.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

por el Sr.

Rhate Lemann

traducida al castellano por el Lic. D.

Manuel García Aguirre,

y precedida de un prólogo del traductor.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MEXICO.
Imp. de la Biblioteca de Jurisprudencia.
Merced núm. 29.
1882.

44927

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

CAPILLA ALFONSINA
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
BR123
L4
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

Este libro no es una de tantas producciones de la prensa contemporánea que despiertan curiosidad pasajera y quedan olvidadas en el momento de acabar su lectura. Léjos de ello, excita un interes creciente á cada página que se recorre, y leidas todas, se repite una y otra y más veces la lectura, haciendo en el ánimo tal impresion de novedad, que no acierta á fijarse en si lo escrito es obra de autor actual ó pertenece á los dias de los profetas. Es una inspiracion toda del momento presente, que en breve volúmen contiene el cuadro completo de la espantosa decadencia moral á que han venido en nuestro tiempo las naciones cristianas, y los

008268

medios eficaces para precaverlas de su ruina y para que recobren, con su vuelta al cristianismo, la libertad perdida. Dignos son de meditacion séria los ocho discursos en que el Sr. Abate J. Lémann desenvuelve su magnífico plan.

En el primero, "El deseado de las naciones convertido en el despreciado de las naciones," expone el autor, con admirable lucidez de toques, el cuadro completo de los dos estados de la gentilidad ántes y despues de la venida de Jesucristo. Allí comprendió todo lo sustancial escrito en centenares de libros sobre la necesidad de una segunda revelacion, despues de ofuscadas las luces con que alumbrara á los hombres la primera. De una simple mirada se descubren todos los abismos que rodeaban á la infeliz humanidad; el abismo del error, el de la corrupcion y el crímen, el del egoismo, el de lo arbitrario, el de la malicia y la crueldad, los abismos todos que hacian de la existencia humana un tormentoso suplicio, y despertaban en el instinto de con-

servacion el ardiente anhelo por la venida de un *Deseado*, de un *Libertador*, *expectatio gentium*.

Vino, en efecto, y trajo á la humanidad no solamente lo que ella deseaba, sino lo que ni imaginara pedir; le trajo el órden sobrenatural; de manera que ansiando los hombres ser restituidos á la condicion de séres racionales por la vuelta de la ley natural á su vigor, otros infinitamente mayores eran los anhelos del amantísimo Corazon de Jesus; traia fuego para encender las almas en el amor divino, y medios de elevar á los hombres á la filiacion de Dios; para ello nos reveló los dogmas de la fe cristiana, y con sus obras y doctrina nos enseñó la práctica de las virtudes sobrenaturales.

Todavía hizo más Jesucristo en su amor á la gentilidad, y fué, invertir los rangos, dando el primer lugar á los últimos y el último á los primeros. *Cœcitas in Israel donec plenitudo gentium intraret.* Por todos los hombres vino al mundo el Mesías: *propter nos homines et propter nostram*

salutem descendit de cœlis; pero en la divina economía de su Providencia entró el preferir á los que por necesidad *le deseaban,* y postergar á los judíos, que teniéndole anunciado en las Escrituras, le desecharon: *Nolumus hunc regnare super nos.* Esperarán hasta que acabe de entrar en el seno de la Iglesia la plenitud de las gentes; ¿pero cuándo será esto, siendo así que hoy el movimiento *oficial* de las naciones léjos de dirigirse á secundar los trabajos de evangelizacion, tiende tenazmente á *descristianizar* á todos los pueblos creyentes? ¡Pobres judíos si de los hombres pendiese y no de Dios el hacer sonar la hora de su entrada en la Iglesia! A despecho del mundo esa hora sonará, porque Dios lo dijo, y toda palabra suya se ha de cumplir.

Finalmente, hace notar el grande escritor el beneficio dispensado por el *Deseado* á las naciones, y consiste en haberse servido únicamente de las cristianas para la obra admirable de la civilizacion. La historia se ha encargado de hacer visible esta verdad

mostrándonos cómo los pueblos que no han llegado á entrar en la Iglesia de Jesucristo, ó los que habiendo entrado se salieron, han sido ajenos á esa obra; nada han hecho por ella la China, el Oriente, las Indias orientales, los grandes centros de Africa y Asia, miéntras que las naciones poseedoras de Jesucristo elevaron el portentoso edificio de la civilizacion cristiana, realizándose en ellas el anuncio evangélico de que "á la busca preferente del reino de Dios y su justicia iria añadida la adquisicion de los bienes temporales."

Llegado á este punto, exclama angustiado el autor, y dice: "no partí del principio de la era cristiana, atravesando diez y ocho siglos de servicios prestados por Jesucristo, sino para llegar, judío errante y peregrino espantado, á esta noche del siglo XIX en que encuentro este contraste: el Deseado de las naciones convertido en el rechazado, el despreciado, el vilipendiado por ellas." A los aplausos por su venida han sucedido los aplausos por su despedida; se aplaude cuan-

do Jesucristo es rechazado del poder público; se aplaude al rechazarle de la enseñanza; se aplaude cuando se le aleja del lecho de los moribundos; se aplaude todo ataque á Jesucristo.

¡Oh! la humanidad no se ha hundido en abismos más profundos que aquellos de donde la sacó la mano misericordiosa del Deseado, gracias á la causa que señaló el santo Pontífice Pio IX y recuerda el autor; gracias á que las naciones católicas permanecen siéndolo á despecho de sus gobiernos, y por esto distinguia el gran Pontífice dos naciones en cada nacion; dos Francias en Francia, dos Italias en Italia, dos Españas en España y así de las demas. Una cosa son los gobiernos y otra los pueblos por ellos subyugados; los primeros titulan civilizacion moderna al sistemático desconocimiento de Jesucristo; pero los otros, que los están mirando retroceder á la barbarie pagana, se alejan de ellos horrorizados, diciéndoles: "queremos conservar á Jesucristo y para ello, con el Papa á nuestra cabeza,

os decimos, que no hemos de transigir con esa estúpida ingratitud á que dais el nombre de "civilizacion moderna."

Si bien se observa, la falsa escuela consejera de la imposible transaccion desiste de su intento, viéndolo irrealizable, miéntras con la Iglesia católica exista sobre la tierra la doctrina de Jesucristo. Sus esfuerzos se dirigen ahora á despedir al Maestro, porque en verdad, ausente el preceptor, su enseñanza desapareceria. A ese dañado fin van encaminados, de la revolucion francesa para acá, los trabajos de los enemigos de Jesucristo, quienes por medio de lo que llaman secularizacion de la enseñanza haciéndola oficial, gratuita y obligatoria, pretenden arrancar á la Iglesia y á la familia el magisterio que les pertenece por derecho divino y natural: para que el Estado, esa entidad incrédula se apodere de las generaciones desde la infancia, las forme á su imágen y acabe por poblar el mundo de ateos teóricos y prácticos, no pudiendo dar de sí otra cosa la escuela

en que se enseña esa moral imposible que, no refiriéndose á ninguna religion ni culto, carece de título para imponer deberes, y no es ni va á dar á otra cosa que al *quod lubet licet* de Epicuro. La perversa doctrina ha hecho y seguirá haciendo secuaces en nuestro siglo corrompido y corruptor, pero nunca será universal, porque *Jesucristo es inamovible;* y si ántes de su venida á la tierra fué desde el Paraíso el deseado de los hombres *expectatio gentiun*, despues de ella ha sido y será el Maestro de cuantos aspiran á la dicha del siglo futuro, quienes le aclamarán su Preceptor hasta la consumacion de los dias, diciéndole con Pedro: "Señor, á ¿quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna."

Tres datos señala el autor al contemplar á Jesucristo en su carácter de Maestro del género humano y son las cualidades del preceptor, el cuadro de la enseñanza y la expresion del preceptor mismo. Por lo que hace al primero, demuestra que la profundidad de la ciencia del preceptor es infinita; sus ex-

plicaciones al alcance de todas las inteligencias, lo mismo de las más rudas que de las más elevadas, y asociando á la severidad inseparable del magisterio infalible la dulce familiaridad del amigo.

El cuadro de la enseñanza es muy sencillo; no enseña otra cosa que la salvacion de las almas, solo objeto de Dios en las relaciones que desde la creacion del mundo se dignó establecer con la humanidad. El hombre tiene dos destinos, el fugaz de un dia sobre la tierra y el inacabable de la vida futura, para el lleno de los cuales fué provisto de los medios conducentes; de la razon por lo que mira á lo terreno, y de la religion por lo que toca al órden sobrenatural. Toda ciencia viene de Dios, pero con una diferencia esencialísima en su modo de trasmision, y es que la humana, una vez infundida en el primer hombre al principio del mundo, se hizo comunicable de éste á los demas por la enseñanza, poniendo en ejercicio su razon natural el maestro al enseñar y el discípulo al aprender. La filoso-

fía expresa una verdad de simple buen sentido cuando asienta que Adan tuvo ciencia infusa: así como para ser padre de todas las generaciones humanas era necesario que él procediese de creacion y no de generacion, del mismo modo no teniendo maestro de quien aprender las nociones que debia trasmitir á sus descendientes para llevar la vida transitoria de la tierra, era necesario que se las encontrase ya formadas en su mente, es decir, que en él fuera infusa la ciencia que despues trasmitiria por enseñanza.

Así lo expresa el Génesis en su concision distintiva. "Luego que el Señor Dios hubo formado de la tierra todos los animales terrestres y todas las aves del cielo: *llevólas á Adan, para que viese cómo las habia de llamar*: porque todo lo que Adan llamó ánima viviente, *ese es su nombre*." Se ve que no fué Dios quien dió las definiciones de los animales, sino quiso expresamente que Adan lo hiciera como lo hizo, y con la perfeccion que expresa este concepto: "todo lo que Adan llamó ánima viviente, ese es su nombre, es decir el que define el objeto en su naturaleza y propiedades. Puerril seria decir que este lugar se entiende nada más de la ciencia zoológica y no de la universal que poseyó nuestro primer padre, cuando en otros lugares del Génesis se encuentran indicaciones de esa universalidad: por ejemplo, en el versículo 17 del capítulo IV se lee que Cain edificó una ciudad á la que puso el nombre de su hijo Henoch: por embrionaria que se quiera imaginar esa edificacion, ella supone en el constructor y sus oficiales una suma no despreciable de conocimientos matemáticos y de varias artes, todos los cuales, pasada la necesidad de recibirlos infusos, nos llevan á considerar á Adan como el maestro que los enseñó á sus inmediatos descendientes. Vino todavía éste, sus sextos nietos son padres "de los que habitan en tiendas y de los pastores; de los que tañen cítara y órgano;" y Tubalcain, nieto en el propio grado, "fué artífice en trabajar de martillo toda obra

de cobre y de hierro." Tantos conocimientos ya los recibiesen los nietos de sus padres inmediatos, ya de su abuelo Adam, presuponen la inmensa riqueza de ciencia poseida por éste y por él enseñada á sus sucesores. Pero nótese bien que todo ese saber es el saber de la tierra y nada más; el enseñado *por el hombre* al hombre para servirle en la vida terrenal.

Con el saber religioso y moral pasa otra cosa, no es *infundido* en el hombre sino *enseñado*, y el Maestro es el mismo Dios; aunque su doctrina pase de unos hombres á otros por tradicion, siempre El es el docente y de tal modo, que luego de falseada la tradicion mezclándole doctrina de orígen humano, se pierde la verdad. Dios es quien enseña la moral religiosa, en el principio del mundo á nuestro primer padre, segun se lee en el II capítulo del Génesis: Dios es quien, despues de caida la humanidad por el pecado, enseña al hombre no haber perdido el libre albedrío para poder abstenerse de obrar el mal. "¿Por qué te

has ensañado?" dice á Cain, que ya medita el fratricidio, y por qué ha decaido tu semblante? ¿No es cierto que si bien hicieres, serás recompensado; y si mal, estará luego á las puertas el pecado? mas su apetito *estará en tu mano*, y tú te enseñorearás de él." (Géns., cap. IV, vers. 6, 7).

Andando el tiempo y tocado el mundo de la lepra de la idolatría, segrega Dios una porcion para que sea su pueblo y le rinda un culto verdadero; al efecto instruye directamente á Moisés en la doctrina religiosa que ha de enseñar, y el Señor escribe de su propia mano en tablas de piedra la ley obligatoria á todos los hombres, que no es diversa de la que enseñó en el paraíso, sino la misma, pero consignada en una forma que la preserva de las alteraciones que hiciera en la primitiva una tradicion cada dia más infiel y corrompida. Vemos, pues, ser siempre Dios el Maestro de quien procede directamente la enseñanza de la ciencia moral y religiosa, y serlo de manera que cuando por obra de la humana perver-

sidad es oscurecida la doctrina y amenaza perderse de la memoria y del corazon del hombre, se hace de nuevo necesaria la intervencion directa de Dios.

Así lo reconoció la gentilidad, cuando por medio de representantes bien caracterizados de todo el alcance de la razon humana, cuales fueron Platon y Sócrates, decia con el primero: "es preciso que con los restos de verdad que nos quedan, pasemos como en una barca el mar tempestuoso de esta vida, á ménos que no se nos dé una vía más segura, como *alguna promesa divina, alguna* REVELACION, *que será para nosotros un buque poderoso que afronte las tempestades:*" y con Sócrates decia: "hay que aguardar á que venga alguno á instruirnos en el modo de obrar con relacion á los dioses y á los hombres. SOLO UN DIOS PUEDE ALUMBRARNOS."

Es verdad, necesitaba el mundo de una segunda revelacion, porque la luz de la primera estaba al extinguirse no ya en el corazon del paganismo sino tambien en el del

pueblo escogido que fraccionado en sectas, alguna de las cuales, la de los saduceos, era abiertamente materialista, habia dejado de creer en la ley de Dios escrita por Moisés, y convertido todos sus cuidados á la adquisicion de lo terrenal. Hasta qué grado llegara la incredulidad judía, lo demuestran mucho mejor que largos raciocinios, estas palabras de Jesucristo registradas en el cap. III del evangelista San Juan: "Mas yo os he conocido que no teneis el amor de Dios en vosotros. No penseis que yo os he de acusar delante del Padre; otro hay que os acusa, Moisés, en quien vosotros esperais. Porque si creyeseis á Moisés, tambien me creeríais á mí; pues él escribió de mí. Mas si á sus escritos no creeis, ¿cómo creeréis á mis palabras?"

Jesucristo se dignó venir á restaurar lo que estaba al perderse en el mundo, y eso que estaba al perderse era la ciencia del cielo, no la de la tierra que brillaba explendorosa en el siglo de Augusto. Si el Maestro divino hubiera enseñado ciencia

terrestre, la humanidad sabria cuanto hay que saber, y la razon del hombre no tuviera sujeto en que emplear su actividad natural; cuán ruines nos parecerian esos conocimientos de las propiedades del vapor y la electricidad que tanto hinchan hoy nuestro orgullo, comparados con la revelacion que se nos hubiera hecho de la inmensidad de secretos que guarda en su seno la naturaleza física. Pero no; dejóse la investigacion de ellos á la razon humana, *tradidit mundum disputationibus*, para ejercicio de su actividad, la cual, empleada siglos y más siglos, se encontrará á la consumacion de todos con haber descubierto una parte infinitésima del tesoro contenido en la naturaleza material.

Con la enseñanza moral y religiosa pasa lo contrario, es decir, no la sujeta Dios á la razon, sino á la fe; no es materia de investigacion sino de creencia, y una vez trasmitida á la humanidad por el Verbo de Dios hecho Hombre, quedó completa é insusceptible de otro desarrollo, *non veni solvere*

legem, sed adimplere. Pero á diferencia de la ciencia terrestre que admite (hasta cierto grado tras del cual está siempre el infinito inabarcable por la razon humana) comprender el *cómo* de los fenómenos que observa, en la enseñanza religiosa ese *cómo* es asunto de fe nada más; Dios se reservó descubrirlo á los predestinados á la vida eterna. En la presente para que el "obsequio de nuestra fe sea razonable," el oficio de la razon humana se reduce á cerciorarse de venir efectivamente de Dios la enseñanza propuesta á nuestra fe; adquirida esa certidumbre, lo cual es muy sencillo, pues consiste en atender á lo que enseña la Iglesia fundada por Jesucristo y por El asistida hasta la consumacion del siglo, no queda á la razon otra cosa que rendir el homenaje de su fe á la palabra divina.

Fe en la divinidad de su persona y de su mision era lo que pedia Jesucristo de quienes le escuchaban: *¿credis?* preguntaba siempre; por la profesion de ella felicitó á Simon que le confesó el Cristo Hijo de Dios vivo: